

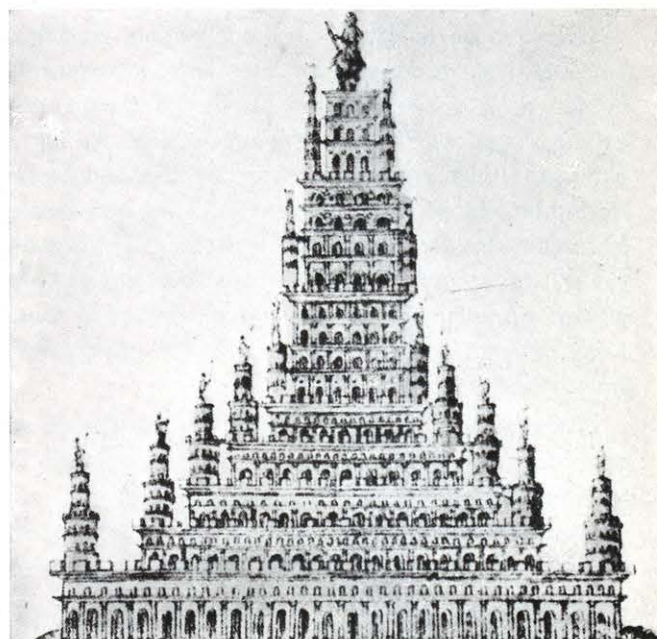
A LA BUSCA DE LA CIUDAD PERFECTA

Hace ya cerca de medio siglo que aquel discípulo de la filosofía nietzscheana que se llamó Oswald Spengler, en su estudio que denominaba como "morfología de la historia universal", y que tituló *La decadencia de Occidente*, escribía: "La historia del mundo es la historia del hombre de la ciudad. Los pueblos, los estados, la política y la religión, todas las artes, todas las ciencias, descansan en un solo fenómeno original de la existencia humana: la ciudad." El mismo filósofo definía al hombre como "animal constructor de ciudades".

Es indudable que la ciudad ha sido la cuna de la civilización: "Por su origen y definición primaria, la civilización era la propiedad exclusiva de los habitantes de las ciudades o ciudadanos. La división antitética de la humanidad en pueblos civilizados y pueblos bárbaros era un concepto natural dentro de la tradición clásica del pensamiento griego y romano. Tal imagen del mundo era el producto de ciudadanos de comunidades estables con una tecnología relativamente avanzada, económicamente basada en la agricultura" (1).

Pero conviene tener también en cuenta el relato bíblico y su primera alusión a la ciudad, nacida de la sangre fraticida. En el Génesis se menciona con detalle la inevitable envidia de los dos primeros hermanos. En un rapto de ira, Caín mata a Abel y como consecuencia del primer crimen humano, el homicida se convierte en "errante y extranjero en la tierra" (Génesis, 4 : 14) y va a habitar "al oriente del Edén", en donde "edificó una ciudad, y llamó el nombre de la ciudad del nombre de su hijo, Henoc" (Génesis, 4 : 16, 17). Literalmente no se comprende por qué para tres personas, que son las mencionadas en el texto bíblico, se tenía que construir una ciudad, cuando con una choza o una casa hubiese sido suficiente, mas nos interesa resaltar la circunstancia simbólica de que la primera ciudad tuviera que ser fatal consecuencia de la sangre vertida entre hermanos. Simbolismo que es mucho más operante que nunca en las ciudades de hoy, donde toda violencia tiene fácil acomodo y todo crimen es más factible de ser llevado a cabo. La sangre de Abel, el paciente apacentador de ganados, aún no se ha secado en la faz de la ciudad construída por Caín, "labrador de la tierra".

Del texto bíblico interesa ahora, más que su posi-



Filarete. Sforzinda.

ble sentido histórico, su simbología. La ciudad es fundada poco después de perdido el paraíso terrenal, cercana a él; en ella puede crecer por tanto el árbol de la ciencia y fructificar. Arbol que es al mismo tiempo el del bien y el del mal.

Y esa nube de sangre de su origen ha inquietado al habitante de la ciudad. No se puede prescindir de ella, pero en ella no se encuentra enteramente cómodo. Puede decirse que casi al mismo tiempo de nacer la ciudad nace el deseo, la necesidad, de perfeccionarla. Múltiples han sido los intentos de tener una fórmula de ciudad perfecta, cosa imposible de lograr, por lo que la pretensión ha venido a quedar en ideal, en algo inalcanzable a lo cual se aspira.

Ciudad perfecta o ciudad ideal, veamos cuáles han sido algunos de los proyectos más queridos del hombre inventor en el transcurso de los tiempos. Inventor de la ciudad e inventor de la ciudad ideal, suma de perfecciones inalcanzables.

Del quinto milenio antes de nuestra era ya hay testimonios de ciudad importante: Ur, situada en la confluencia del Tigris con el Eufrates, puerto fluvial próspero que dió vida a la primera ciudad conocida de la historia humana. La arqueología nos ha dado a conocer su perímetro, bastantes de sus características ciudadanas. Su forma en planta era oval, con una superficie de un kilómetro cuadrado en el que se calcula vivían unas cien mil personas. Su monu-

(1) Stuart Piggott: "El papel de la ciudad en las civilizaciones antiguas". Infinito. Buenos Aires, 1957.

mento principal era el zigurat, pirámide escalonada con rampas laterales ascendentes y plataforma superior en la que estaba situado el templo o lugar de culto, en el que se adoraba al dios de la Luna. Monumento característico de las ciudades mesopotámicas que tendrá su ejemplar más famoso en la literaria torre de Babel, símbolo por tantas razones de las modernas metrópolis.

El cultivo de la tierra y su consiguiente modificación del hombre nómada en sedentario, hizo posible la ciudad. El campamento de tiendas de piel se consolidó en las casas construídas con adobes. La tierra cultivada y la tierra amasada, secada al sol en forma de ladrillo, las técnicas, la ciencia, hacen que crezca la ciudad. Recinto amurallado, defendido de la codicia de los vecinos. Jericó y Troya, dos de las más ilustres ciudades del pasado remoto, deben su fama a las murallas que las circundaban, tan importantes en su vida.

Ciudades para vivos pero también ciudades para muertos. A los antiguos egipcios tan indispensables les eran unas como otras y al lado de la ciudad real de Menfis se alzaron las ciudadelas de las Pirámides, en las que las momias de los faraones pretendían seguir siendo intocables. Un motivo religioso es el que determina la creación de una de las primeras ciudades ideales de las que se tiene noticia: Ecnatón, fundada por Amenofis IV (el suegro de Tutankamón), que intentó introducir una nueva religión en Egipto basada en el culto al sol. En la mitad del camino entre Tebas y Menfis, en pleno desierto, surgió la primera de las ciudades determinadas por la voluntad de un hombre con carácter de capital política y religiosa. Calles de cerca de cincuenta metros de ancho, adornadas de jardines, con suntuosos templos destinados al nuevo dios unitario Atón, con unos límites y planos determinados de antemano. Apenas doce años tuvo de vida próspera la ciudad; a la muerte de su fundador comienza su decadencia, pero el nombre de Ecnatón, o Akhetatón, ha quedado como el del primer intento de ciudad centralizadora de un país, planificada antes de su edificación.

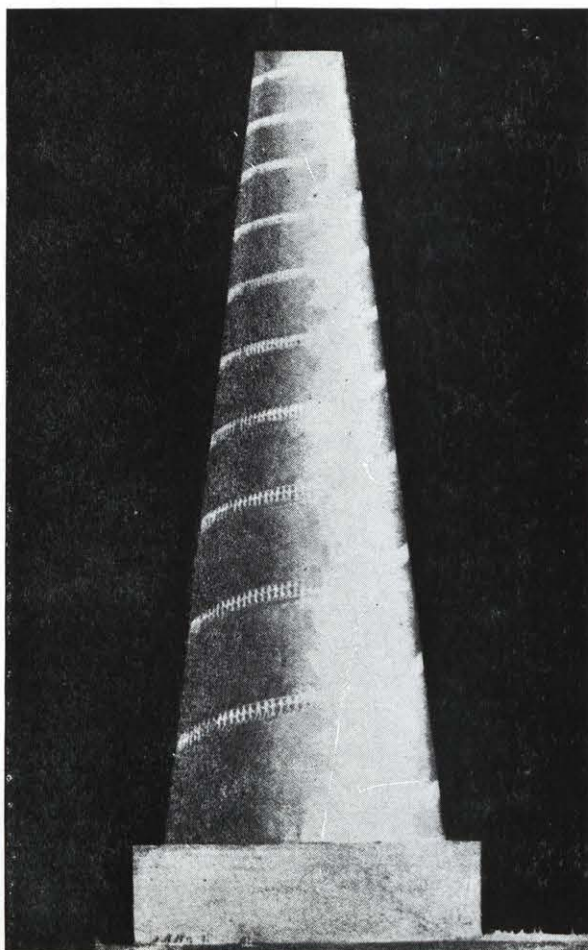
Decía el filósofo del siglo XVII Espinoza, que "Dios crea solo individuos, no naciones", tampoco crea ciudades que son obra del hombre, que en un nuevo intento de perfección concibe la ciudad-estado de los griegos. La ciudad para la que se llegó a determinar hasta el número máximo de sus habitantes, que según Platón debían ser cinco mil cuarenta familias, como ideal de que pudiera hacer "cada uno lo suyo" dentro de un orden. En la formulación de la "polis" platónica su autor no se hace demasiadas ilusiones de efectividad, pues él sabe que ninguna ciudad-estado "regida, no por un dios, sino por un mortal, se verá jamás libre de males". Males derivados principalmente del "abandono de las normas morales que trasciende a todos los aspectos de la vida social".

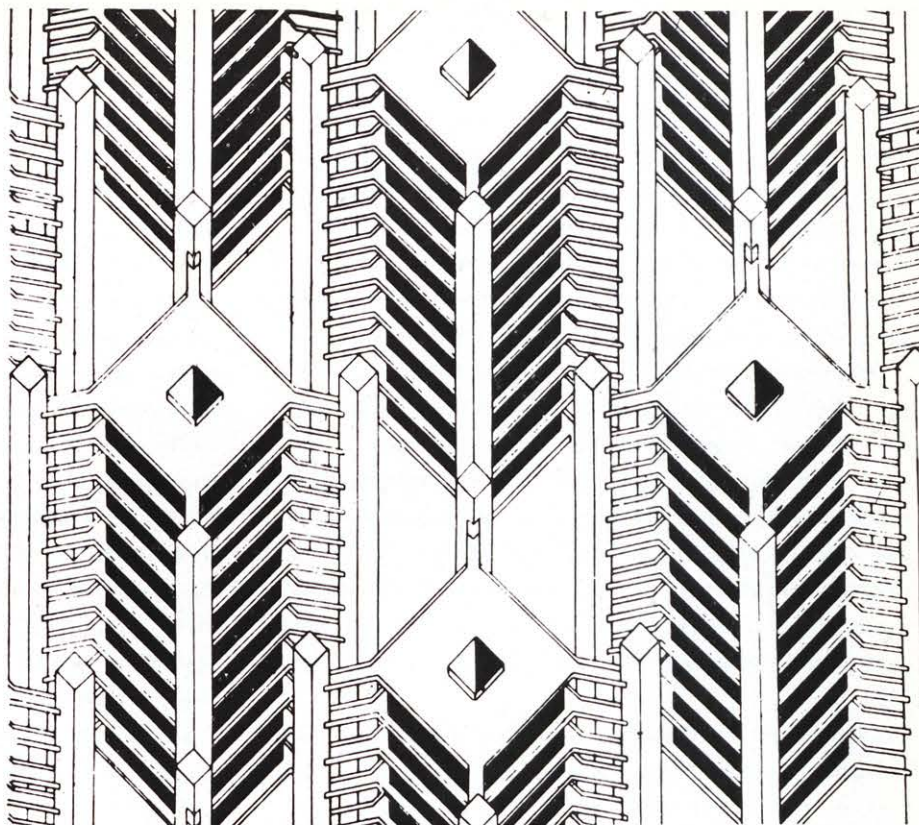
"Pasando a la luz de la historia, pronto encontramos a los hombres imaginando la ciudad ideal. En primer lugar, han llegado hasta nosotros algunas nociones, legadas por los antiguos griegos y romanos. Por derivación, ideal es una palabra griega, y ciudad, latina. Y en el mundo de la antigüedad, la ciudad era la forma más elevada de organización humana. Para Aristóteles era la más convincente y la más amplia de todas. La ciudad nació simplemente, a fin de que los hombres pudieran vivir, y continuó a fin de que pudieran vivir bien" (2).

A Hipodamo de Mileto atribuían los griegos clásicos la invención de la ciudad en damero, de calles rectilíneas. A este matemático y urbanista del siglo V antes de Cristo se asocia con el trazado y planificación de algunas ciudades griegas, tales como El Pireo, puerto de Atenas, Rodas y Thurii, y una de las concepciones más permanentes de ciudad: trazado en caudricula, embellecimiento urbano, especialización de los barrios según los trabajos, necesidad del ágora como espacio de convivencia ciudadana. Esta ciudad ideal del jónico tendría diez mil habitantes y su territorio se dividía en tres partes diferenciadas: la de los dioses, la de los gobernantes y la del resto de los ciudadanos.

(2) George Clark: "Las ciudades ideales del pasado..." Infinito, ídem. "La metrópoli en la vida moderna".

E. L. Boullée. Torre en espiral tronco-cónica. 1784.





T. van Doesburg. Dibujo axonométrico de una ciudad. 1929.

El famoso libro de San Agustín *De Civitate Dei* no aporta ninguna fórmula de ciudad ideal en su verdadero sentido práctico. Para San Agustín las *civitas terrena* se caracteriza porque "su esencia entera está volcada en los bienes de esta tierra, de los cuales ansía gozar en vez de usar para un más alto fin, más allá de las apetencias puramente humanas". La ciudad del mundo "en el fondo no es más que desorden y sus valores son en realidad pura ilusión". La "ciudad de Dios" y la "ciudad del mundo" quieren expresar más bien "las dos comunidades espirituales según la ley de Dios o contra ella, comunidad del orden o del caos, del ideal o del instinto".

En el principio legendario de la más grande ciudad-estado de la antigüedad, en la fundación de Roma, también vuelve a surgir el crimen fraticida como en el Génesis. Rómulo mata a Remo después de fundada la ciudad que habría de ser eterna. Los poblados de sus siete colinas se unen para formar la cabeza del mayor imperio de los tiempos antiguos, la que llegó a tener más de un millón de habitantes en el siglo II antes de Cristo.

Mas es durante el Renacimiento cuando en verdad comienzan los proyectos de ciudad ideal, ciudad perfecta, que como muy bien escribe Roberto Segre: "En el Renacimiento nace la concepción de la ciudad como unidad, como organismo cerrado, y por tanto los esquemas y proyectos de las ciudades ideales, que se prolongarán hasta nuestros días como expresión de la concepción utopística de transformar la

sociedad por medio de la definición de un orden urbano" (3).

La primera de estas ciudades renacentistas planeadas idealmente es la del arquitecto italiano Filarete (nombre que significa "amante de la virtud" adoptado por Antonio Averlino y con el cual ha pasado a la posteridad), que la traza en Milán hacia el año 1460, cuando trabajaba en dicha ciudad para Francisco Sforza. Concibe su ciudad en forma de estrella fortificada, en el centro de la cual sitúa una serie de plazas rectangulares. "Sforzinda" debería llamarse esta ciudad en honor de Sforza, la cual es el primer intento de planificación urbana y territorial a la vez de que se tiene conocimiento: "La concepción de esta ciudad ideal constituyó una nueva tarea para el hombre, que antes bien proclamaba con ella su orgullo cívico y ponía el énfasis en la dignidad humana, que reflejaba una preocupación religiosa. El proyecto incluía iglesias, pero los palacios, las austeras escuelas de varones y mujeres, las cárceles y la casa de la "Virtud y del Vicio" parecían adquirir mayor importancia" (4).

Esta casa era algo parecido a lo que ahora llamaríamos centro cívico, y consistía en una torre de diez pisos, coronada por la estatua de la Virtud; en esa torre habría bibliotecas, comedores, academias y estudios de astrología. Todo estaba previsto en "Sforzinda", y en su trazado se atendía tanto a la funcionalidad como a la fantasía artística para lograr una

(3) "Utopía y realidad en la ciudad del Renacimiento". Ediciones 3. Buenos Aires, 1962.

(4) Helen Rosenau: "El desarrollo del Renacimiento...", *ob. cit.*

auténtica ciudad ideal, que, por tanto, nunca llegó a ser realidad.

También Leone Battista Alberti (1404-72), en su obra *De Re Aedificatoria*, concibe una ciudad ideal, pero de ella, desgraciadamente, no se ha conservado ninguna de las ilustraciones del proyectista. La mayor originalidad de ella es concebir las calles "como si fueran ríos" con líneas sinuosas, que se apartaban sensiblemente del trazado cuadrículado que desde los griegos había tenido tantas aplicaciones.

Treinta años después de Filarete, otro italiano, Giorgio Martini, famoso constructor de fortificaciones, formula tres tipos diferentes de trazado ideal: 1.^a La ciudad de perímetro octogonal y sistema viario radial partiendo de una plaza central. 2.^a La situada sobre una colina a la que da forma semiesférica. 3.^a La de perímetro ortogonal con las líneas de cierre en forma de escalera. Esta es la primera vez que el trazado centralizado se emplea partiendo de un espacio equidistante.

Città ideale del cavaliere Giorgio Vasari, inventata, disegnata l'anno 1598, éste es el título de un tratado que se publica en dicho año para una ciudad de perímetro octogonal, que tiene la novedad de que su trazado de calles sigue un sistema ortogonal.

Mas no son sólo los italianos los que trazan ciudades ideales. Los españoles civilizadores de América las fundan; ciudades de vías perpendiculares y plaza central, según sistema tan antiguo y que aún continúa siendo vigente en gran parte del urbanismo moderno.

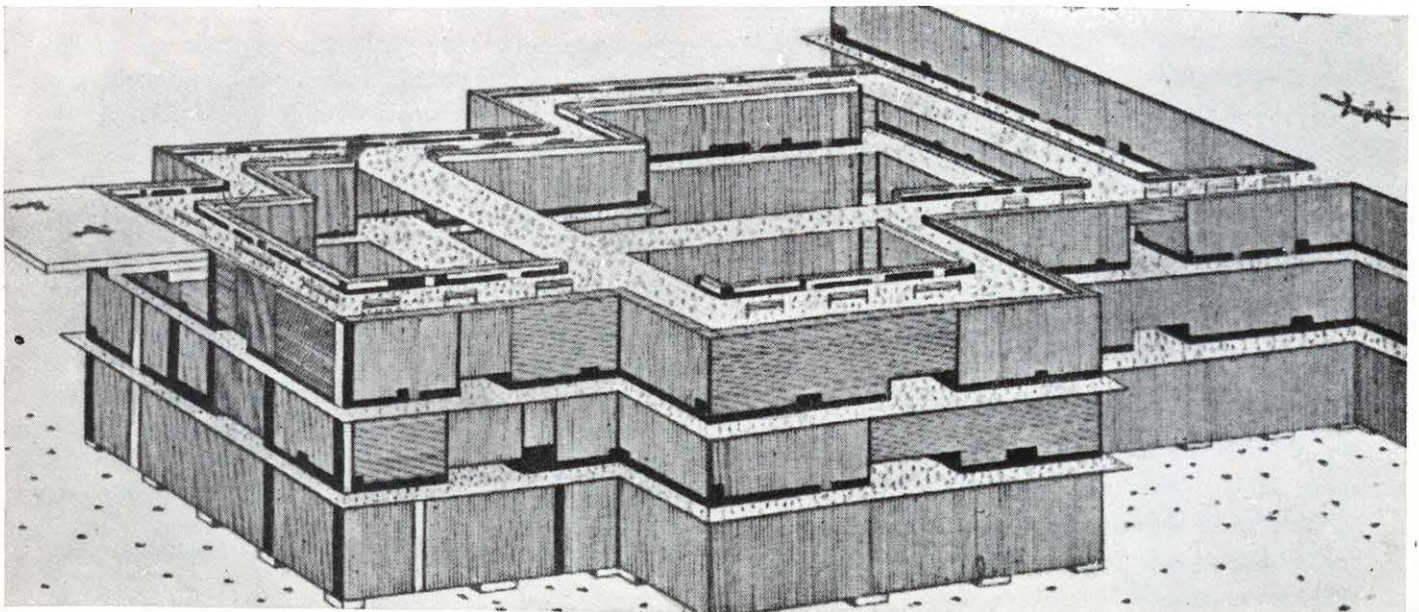
No en el terreno práctico, sino en el de las ideas, varios artistas del renacimiento italiano y alemán contribuyen a la formulación de la ciudad ideal. Leonardo

da Vinci, Miguel Angel, Rafael, artistas que no practicaban la arquitectura como principal actividad se sintieron tentados también por el perfeccionamiento de los ámbitos ciudadanos en algunos aspectos parciales.

Mas fue el pintor alemán Alberto Durero quien publica en Nuremberg, año 1527, su "Ciudad gremial", con meditados estudios de planta. El perímetro de esta ciudad de los gremios adopta la forma cuadrada, detalle que le hace diferir esencialmente de todas las demás ciudades ideales del renacimiento, en el centro de la cual se eleva el castillo o palacio fortificado. Las calles son rectilíneas y las manzanas cuadradas; cada gremio habita en su barrio y todo el núcleo se encuentra rodeado de un complicadísimo sistema de murallas. Todas las necesidades materiales derivadas de un largo sitio militar están previstas en la ciudad de Durero: silos, talleres, negocios. La casa es a su vez cuadrada y constituye cada una de ellas una pequeña fortaleza.

De optimo rei publicae statu sive de nova insula Utopia, es el larguísimo título con que Tomás Moro denominó a su novela publicada en Inglaterra en 1516, toda ella en latín, en la que el humanista describía un país irreal sede del estado ideal y perfecto. Amaurot se llamaría su principal ciudad, de forma casi cuadrada y uno de los lados junto al río y el opuesto sobre la colina. "Aquel que conoce una de sus ciudades, las conoce a todas..." Moro pretendía una integración de campo y ciudad y éstas no debieran tener nunca más de seis mil familias en sus recintos. El nombre de "Utopía" ha quedado desde entonces como sinónimo de todo aquello que no es realizable. Y han sido los ingleses los que más utopías

G. Vantongerloo. Ciudad de los rascacielos. 1928.



ciudadanas han formulado: Bacon, Morris, Howard, Huxley, entre otros.

Algunos años después que Moro, el dominico italiano Tomás Campanella publica en 1602 su novela utópica *Civitas Solis*, en la que se propugnaba una monarquía universal de rígido cuño socializante, en la cual estaba prohibida la propiedad privada y hasta el derecho a la familia estaba controlado por el poder estatal.

Del período barroco proceden los primeros grandes conjuntos urbanos ordenados en el interior de las antiguas ciudades, como Roma, París, Londres, o surgidos casi milagrosamente en medio de los bosques y las montañas, como Versalles, San Petersburgo, Berlín, etc., al igual que antes había surgido El Escorial. Todos estos nombres son jalones de un largo sueño acariciado por la humanidad, que abarca desde los filósofos griegos hasta las más modernas realizaciones del Brasil y la India, un sueño que tuvo su primer momento de auge en el Renacimiento, cuando la ciudad ideal fué tarea opinable de príncipes, artistas, escritores, técnicos, que se vieron en la necesidad de planear las nuevas ciudades por la aparición de una estrategia militar desconocida hasta entonces: el empleo de la artillería.

El largo sueño no ha terminado, al contrario puede decirse que está en pleno auge, sobre todo desde que la edad maquinista hace su aparición trastocando todo el antiguo orden gremial y hacinando en las ciudades industriales masas cada vez más numerosas fugitivas del campo. *Garden Cities of to Morrow* se publicó en Inglaterra en el año 1898; no era un tratado de economía, ni de filosofía, ni de arquitectura, ni de agricultura, ni de industria, aunque de todo ello tuviera bastante. Su autor, Ebenezer Howard, había estudiado concienzudamente uno de los más graves problemas de la sociedad de la era maquinista: la aglomerada vida en las ciudades infectas. Se propuso encontrarle solución y el fruto de sus meditaciones los expuso en el libro citado. Las *Ciudades-jardín de mañana* puede decirse que son una de las actas de nacimiento más importantes del urbanismo moderno.

Las transformaciones de París, debidas al genio urbanista del barón Haussmann, demostraron hasta qué grado de previsión puede llegar la técnica urbanística cuando ésta es realizada con amplia visión de futuro. Durante bastante años, París ha sido una de las ciudades ideales del mundo en algunos aspectos y aún hoy es preciso reconocer lo espectacular de su trazado y su potencia cultural y artística.

El mundo se aglomera en las ciudades; éste es un fenómeno que cada día que pasa se ve agudizado y sin posible solución a la vista. Más de cien ciudades existen actualmente que han rebasado el mi-

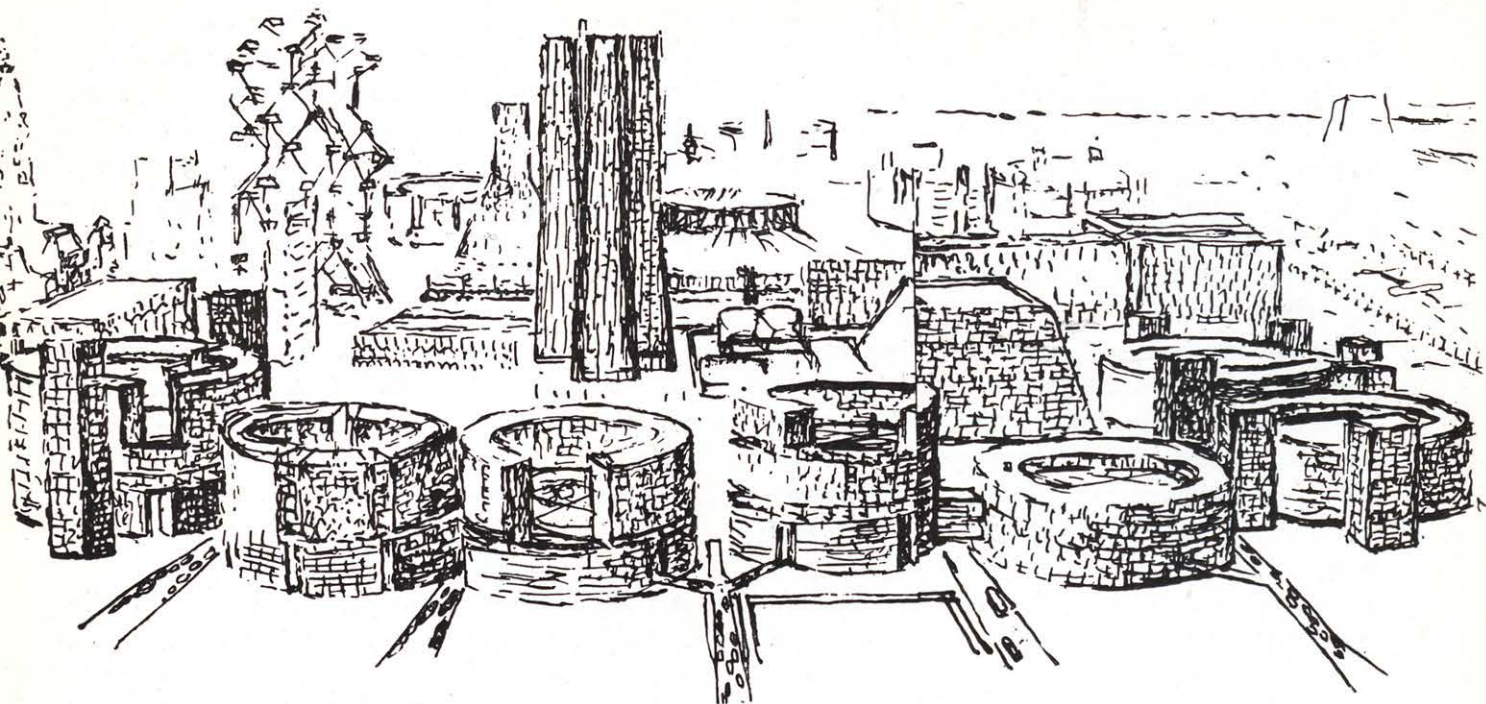
llón de habitantes. El 70 por 100 de la población de Inglaterra vive en ciudades mayores de 20.000 habitantes. La ciudad tentacular no ha podido ser frenada, y hay algunos países cuya capital totaliza más habitantes que el resto de todo el país junto. La ciudad californiana de Los Angeles se extiende a lo largo de cien kilómetros de autopistas y carreteras y sus siete millones de habitantes poseen más de tres millones de automóviles.

Las ciudades se encuentran agobiadas, las planificaciones para remediar en lo factible su a veces caótica situación, se han ido sucediendo en los últimos años con todas las posibilidades, aun con las más fantásticas e irrealizables. Le Corbusier debe gran parte de su fama mundial no a lo construido por él, sino a lo preconizado, a lo estudiado para mejorar la ciudad del futuro. Sus remodelaciones del centro de viejas ciudades no han llegado a efectuarse en ninguna de ellas, pero sus teorías son hoy punto obligado de partida para todos los proyectistas. El nuevo protagonista de la ciudad, el rascacielos, se convierte en tirano. Le Corbusier también imagina su ciudad ideal como una ciudad de rascacielos. Calles a distintos niveles para solucionar el terrible problema del tráfico rodado, campos de aterrizaje en las terrazas de los edificios, grandes espacios abiertos que den una nueva imagen de las recientes concepciones del espacio-tiempo; todos estos postulados, que parecían otra utopía cuando fueron formulados, son hoy factores indispensables de la nueva ciudad.

"Nosotros debemos inventar y refabricar la ciudad futurista parecida a una inmensa cantera tumultuosa, ágil, movable, dinámica en todas sus partes." Esto escribía el arquitecto Sant'Elia, y lo que en 1914 podría parecer un disparatado sueño ha quedado ya superado en todos sus aspectos.

Tres eran los principios fundamentales para el proyecto de una ciudad de tres millones de habitantes: 1.º Centro descongestionado; 2.º Acrecentamiento de la densidad de población por medio de los rascacielos. 3.º Grandes espacios arbolados. El rascacielos-calle es otra de las concepciones ideales de Le Corbusier, formulado para Argel en 1932. Grandes bloques de casas continuos por cuyas terrazas, a cien metros de altura, discurre la calle-corredor de veinticuatro metros de ancha, en la que sólo es permitido el tráfico rodado. Esta ciudad-viaducto sería una especie de ciudad-jardín vertical capaz para albergar a 180.000 habitantes.

La *Ciudad-meseta*, de Paolo Soleri, data de hace sólo unos años—de 1959—y la concibe como una ciudad sobre una meseta artificial o altiplano soleado. Mesa City ha sido proyectada para dos millones de habitantes y la forma de los soportes que sustentan



L. Kahn. Proyecto para el nuevo centro de Filadelfia. 1956.

esta "Meseta" recuerda la de un hueso de trece millas de alto y seis de ancho en su punto máximo. La médula de este "hueso" es un cilindro de siete millas de altura organizado como garaje. En los últimos pisos están las viviendas, las oficinas.

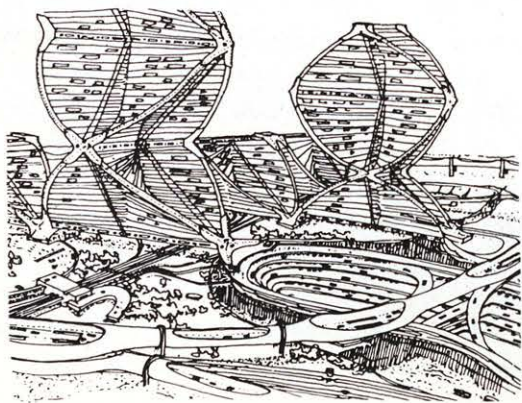
Otro reciente descubrimiento de ciudad ideal es el del japonés Kenzo Tange, lo que él llama "Ciudad medular", propuesto para la remodelación de Tokio en 1960. Grandes torres o "médulas" de ciento cincuenta a doscientos cincuenta metros, albergan en su interior todos los elementos indispensables para la circulación vertical. Entre cada dos de estas torres irán suspendidos los edificios horizontales de diez o veinte pisos cada uno y de doscientos metros de ancho. "Esta arquitectura espacial es el desarrollo final de la arquitectura de "pilotes" y del sistema "medular" y permite no obstaculizar las actividades

que se desarrollan sobre el suelo, ni el tráfico rodado."

La "Torre-ciudad" fué uno de los últimos planes del norteamericano Frank Lloyd Wright, concebida como una aglomeración urbana para 130.000 habitantes en un solo edificio de mil seiscientos metros de altura y 528 pisos. Aún habría que añadir a este esbozo de ciudades ideales las ciudades lunares, previstas para el año, no lejano al parecer, en que los hombres lleguen a la luna. Ciudad toda ella bajo una campana de vidrio, en cuyo interior se producirán los alimentos necesarios en una atmósfera artificial de invernadero. No están ignoradas las posibilidades de que las ciudades del futuro tengan que ser subterráneas, ante la amenaza de radiaciones atómicas, pero esto ya no sería una ciudad ideal, sería un retorno a las cavernas motivado por fuerzas mayores.

Desde que la ciudad existe se ha desarrollado paralelamente a ella el deseo de perfeccionarla; el hecho de que hasta la fecha no se haya logrado del todo satisfactoriamente no es más que una consecuencia de la imperfecta naturaleza del hombre. Ciudad ideal que es imposible, "pero lo es como todo ideal es una utopía; jamás será comprendido y realizado plenamente en su entera pureza; con todo podrá lanzar sus destellos de luz en este mundo del error como un hito y como una indefinida tarea que llenar, hacia la que todo tenderá y de la que todo vivirá, todo lo que lleva en sí un soplo de buena voluntad" (5).

Tokio. Proyecto de ciudad fantástica. 1961.



(5) J. Hirschberger: "Historia de la Filosofía". Herder. Barcelona,